

## Escritos y reflexiones

## Existencialismo en el psiquismo del amor

Felipe Agudelo Hernández,<sup>1</sup> Marcela Guapacha Montoya,<sup>2</sup> Adriana del Pilar Arcila Rivera<sup>3</sup>

1. Médico psiquiatra – Universidad de Caldas

2. Médica Cirujana – Universidad de Caldas

3. Médica Cirujana, Magíster en Terapia sexual, Magíster en Artes y Humanidades –Docente Universidad de Caldas

Correspondencia: meminher@hotmail.com

## Resumen

Como finalidad de la libertad que nos ha otorgado el conocimiento científico, se ha establecido alcanzar un mayor bienestar, lo que implica una mejor definición del ser humano, de sus potencialidades y de sus relaciones con el otro. Sin embargo, en la medida que ocurren estos avances, se encuentra que la salud mental es cada vez más deficiente, y que esto se ha visto reflejado, además de los indicadores de enfermedad mental, en el tipo de vínculo que se viene construyendo, sea entre las parejas, los familiares o los prójimos. Se propone entonces, una vez dotados con la fortaleza de la razón y del método científico, regresar a la filosofía, y revisar algunos aspectos del compromiso propuesto por el existencialismo para fortalecer nuestro psiquismo y mejorar nuestro papel en el mundo.

**Palabras clave:** Existencialismo, Sexualidad, Amor, Compromiso, Libertad, Psiquismo.

## Abstract

To reach a greater wellbeing seems to be the purpose of the freedom that has been granted to us by the scientific knowledge, which implies a better definition of human beings, our potential and our relationships with others. Nevertheless, to the extent that these advances occur, it has been observed that mental health becomes increasingly deficient, for this has been reflected in indicators of mental illness and in the type of link constructed between couples, families, or peers as well. This paper proposes, once we are endowed with the strength of the reason and the scientific method, to return to the philosophy, and to consider some aspects of the commitment proposed by the existentialism, in order to strengthen our psychism and improve our role in the world.

**Keywords:** Existentialism; Sexuality; Love; Commitment; Freedom; Psychism.

Entre tantas batallas que ha librado la humanidad, el existencialismo ha sido tal vez de las pocas que ha ganado. Ha pretendido curarla de graves enfermedades como del cristianismo, de la necesidad, de la pereza, de la falta de intimidad, de la inacción y, dentro de esta,

de la esperanza sin precedentes y de la fe irracional..., y como todo proyecto enorme se propuso contradecir la muerte. Hasta este punto se había alimentado una doctrina donde un amor imaginado (el amor de Dios), nos sigue y nos persigue para salvarnos (1), negándonos la

propia creación, el desarrollo, la libertad y, con esta, toda la responsabilidad de ser. Surge el existencialismo entonces para hacernos responsables del ser y de ser (2), para tomar las riendas de la vida con orgullo, aceptando al mismo tiempo el destino; algunos con pesimismo: compadeciéndonos y actuando ante el desamparo (Sartre); otros con un amor y respeto profundos, similares sólo a los que se siente por un niño inocente (Nietzsche).

Se niega a Dios, y con esto se da una importancia central a los actos: sucede, en palabras de Hannah Arendt, una filosofía de acción y compromiso (3). Dios no existe, y con la muerte o la negación de este, se deja a cargo de la humanidad el desarrollo de una fe más racional y la estructuración de nuevos valores. Si Dios no existe, si decidimos cambiar la gracia por la justicia, el milagro por el acto, no hay gracia más grande que nacer, y con esto tenemos garantizado nuestro ser (2)... A partir de aquí, en palabras de Nietzsche, el hombre debe decidirse a hacer para ser (4). Hemos ganado el acto a punta del mismo motivo de la revolución: la libertad. En palabras de Breton, se devolvió al hombre todo el poder que había puesto en la palabra de Dios (5).

Se tiene una deuda con esos revolucionarios por el uso de la razón y de las capacidades, y se deben honrar con lo que han dado, ser sus abogados, pues la revolución, como lo dijo Camus, es amar un hombre que no existe todavía (1)... con un amor de otro que existió. La forma de pagar: usar lo otorgado... usarlo y renovarlo. Ser nosotros mis-

mos, pues, según Jaspers, el hombre llega a ser él mismo cuando en su acción ha decidido a dónde quiere ir (6), o en las palabras del mismo Sartre: todos los existencialistas tienen en común que la existencia precede a la esencia (7). Desde el inicio del existencialismo, Kierkegaard plantea como existencia auténtica el ser uno mismo en todos sus actos, el empoderamiento de la propia vida más allá de las circunstancias. Describió también una existencia inauténtica donde el ser humano cae en un nihilismo pasivo, en una observación anónima, en una contemplación netamente objetiva, cuando no participa en el momento, o sea, cuando no existe en realidad (3). De allí se explica el afán que tomó el existencialismo en manos del marxismo de crear una situación histórica. Construirse al existir y existir al construirse. Es así como queda sentado que el existencialismo es una filosofía de elección, de compromiso, de la acción y de la responsabilidad; y que la libertad, en palabras de Nietzsche, es algo que se tiene y no se tiene a la vez, algo que se construye (1).

Como mencionamos, el ser humano se ha quedado sin el amor a los dioses. Siguiendo la idea de Saint-Just (8), unos han hecho de este logro la piedra para construirle un templo a la libertad, otros para construirle una tumba. Si este exilio de Dios no nos sirve para renovar constantemente este renunciamiento, esta perpetua victoria sobre nosotros mismos, tendremos que pagar esta pérdida, pues la necesidad de creer es inherente al humano, animal expectante. La fe filosófica de Jaspers o la fe racional de Fromm, siguen siendo piedra angular del exis-

tente, el alimento de los actos. Es en este punto donde Camus invita a cambiar la pregunta ¿libre de qué?, por ¿libre para qué? El precio de esta rebeldía, de la insurgencia, según Lautremont, es el amor a los hombres (9). Se plantea entonces una pregunta en torno al amor: si es este la respuesta a la responsabilidad de y para existir, a la lucha en contra del no-ser (10), a la muerte filosófica, al agujero negro; si es precisa su etimología (sin muerte); y, si en definitiva, el existencialismo podría ayudar a entender el amor como compromiso vital, como meta de la humanidad, y no como simple sensación, emoción y sentimiento, producto de algo similar a la gracia divina, es decir, ajeno a la labor humana, ajeno al compromiso.

### *Ante la angustia*

Kierkegaard define la angustia como el deseo de aquello de lo que se tiene miedo (11). Nosotros ya podemos desear lo que una vez fue prohibido por el pecado y la culpa. En palabras de Sartre:

“Estamos condenados a ser libres” (7). Deseamos y podemos, como premio por la libertad que conseguimos, sin embargo, a pesar de tanto poder, estamos atados si no sabemos qué hacer con él; podemos elegir las cárceles y no usar esta libertad para vencer la muerte y la fuerza de la fatalidad, sólo reconocerlas, verlas pasar, ocultarnos de ella, con la incertidumbre que esto genera. Acerca de esta angustia y del don de la libertad, Erich Fromm escribe: “El hombre está dotado de razón, es vida consciente de sí misma; tiene consciencia de sí mismo, de sus se-

mejantes, de su pasado y de las posibilidades de su futuro. Esa consciencia de sí mismo como una entidad separada, la consciencia de su breve lapso de vida (...) hace de su existencia separada y desunida una insoportable prisión”. Para este autor, la fuente de toda angustia es lo que denomina separatividad (estado de separación), pues estar separado significa estar aislado, sin posibilidad alguna de usar mis poderes humanos (10). Se refuerza entonces la necesidad de asociación, descrita desde la etología, o de compañía, aportada desde la filosofía y la poesía. En cuanto a la primera encontramos cómo la naturaleza ha producido vida desde la individualidad, sin embargo, en palabras de Vitus Dröscher, aunque esta (la individualidad) pueda parecer un reconfortante producto de la filogenia, es evidente que no fue el motor que la impulsó (12). De igual forma define el afecto como el lenguaje de la filogenia (12). Contamos entonces con un comportamiento social como parte de la historia natural y evolutiva del ser humano, que parte del comportamiento reproductor. El mismo autor menciona además que dicho comportamiento inicia en la multiplicación asexual, pasa por la “invención” del macho y por los difíciles problemas del apareamiento caníbal, la violación como modo “normal” de copular, hasta el despertar de inclinaciones amorosas más delicadas donde intervienen habilidades cognitivas en las relaciones como la empatía y la simpatía... De esta manera, como otros productos de la inteligencia humana, se crea el amplio concepto del amor, del que participan la antropología, la sociología, las neurociencias y la poesía (13).

Como muestra de lo anterior, escribió Fernando Pessoa (14):

“El amor es una compañía.  
Ya no sé andar solo por los caminos,  
porque ya no puedo andar solo...”

Ahora bien, todo se ha hecho accesible, sea porque se le puso un precio, o porque el humano aumentó sus capacidades y sus funciones... ambas son posibilidades de haber aumentado el deseo, aunque por ser una explicación más factible tendemos a creer más en la primera. En apariencia el resultado debería ser la solución de la angustia, la abolición del sufrimiento, pues aparentemente hemos regresado a la omnipotencia del recién nacido: podemos adquirir todos los objetos, incluso el amor, y podemos vencer todas las barreras entre el presente y el goce, incluso la separatividad, y a un precio no tal alto. Sin embargo, aparte de persistir esta angustia en el ser humano, ha aumentado y este continúa sufriendo; lo que parecía haber resuelto el dolor de forma definitiva, sólo sirvió de solución temporal: remedió la angustia de forma transitoria, distrayendo mientras alimentaba al monstruo del dolor que crece en cada individuo, y que una vez se deja de alimentar, en situaciones en que la adquisición no es solución, se manifiesta quebrando todo el ser que lo contiene, desintegrando su psiquismo (15).

Para caracterizar las relaciones amorosas actuales es necesario conocer los antecedentes de la sexualidad (pegamento universal) en la cultura. Pero antes de describirlo es necesario dejar sentado lo que aportan las ciencias naturales a

la descripción de la sexualidad, específicamente la etología, quien asegura que cuando el individuo es solitario se hace necesario el encuentro, y una clara prueba de esto, menciona Vitus Dröschner, son: 1. Los periodos procreativos para los encuentros sexuales donde el humano es sexualmente activo en todo momento, 2. La diferenciación sexual para evitar confusiones en el fenotipo, y 3. El cortejo como comunicación sexual intraespecífica (12). Descripciones como la anterior sustentan que el animal humano, ser arrojado al mundo, no es solitario por naturaleza, y desde este precepto se da la sexualidad como un constructo social, donde efectivamente ha sido arrojado al mundo, pero en compañía de otros. Es así como el primatólogo Frans de Waal menciona: “Nuestros antepasados empezaron a entender cómo deberían preservar la paz y el orden –por lo tanto, cómo se conseguía que el grupo mantuviera más unido para defenderse de las amenazas exteriores– sin necesidad de sacrificar los intereses individuales legítimos” (16). A esto complementa Adriana Arcila en Comportamiento sexual, “La teoría de Frans de Waal (...) está sustentada desde paradigmas evolutivos: la selección natural apunta al mejoramiento de la especie a expensas de los demás... Entonces cómo explicar la supervivencia de los débiles y de los discapacitados...” (17). En este punto es donde muchos filósofos, entre ellos Hume, Schopenhauer y Smith, anotan con gran razón algo que sería comprobado después por la neurofisiología, que la empatía es un instinto indestructible e innato, tanto como la misma agresividad, como la voluntad de dominio (13,16,18).

En cuanto al establecimiento de lo que hoy conocemos como sexualidad (complejo afectivo, vital, psicológico, económico, político, social, jurídico, elaborado a partir del sexo, según Antonio Marina (15)), encontramos en Roma, incluso antes del cristianismo, que la monogamia, la función reproductiva de la sexualidad y la desvalorización del placer sexual, funcionaron como tres grandes principios, provenientes tal vez del estoicismo y de determinaciones ideológicas imperiales. Con la aparición del cristianismo estos preceptos se vieron convertidos en moral y en fe. Ya no necesitaban de la ley y del ejército para hacerlos cumplir, pues cada quien podría determinarse culpable. De esta forma el estado adquiere un poder más allá del poder: una religión. Surge entonces la figura del pastor para asumir el cuidado de cada individuo del rebaño mediante nuevas técnicas de poder como el examen de conciencia, la confesión, el reconocimiento de la culpa y las meditaciones sobre la carne, esta última como un mal absoluto del que es necesario desembarazarse. Se retoman pensamientos como los de Pablo para describir la lujuria que acecha y la necesaria conversión extrema para cambiar el amor a la madre, al padre, a los hermanos, a la mujer, por el amor a Dios: “Todos deberían ser castos” (19), agrega. Se establece este amor dirigido a Dios (caritas) contra el amor dirigido al mundo (cupiditas) (20). Vendría siglos después otro padre de la iglesia, San Agustín (un converso más), a explicar los problemas que plantea la lujuria con lo que los griegos llamaban akrasia, o debilidad de la voluntad para liberarse de las cadenas de la carne (21). Retoma y describe con

mayor claridad lo que pretendía el clero con el amor, que no era más que acercarse a los humanos, pero con métodos que lo hacía alejarse de su humanidad, de su naturaleza. Se forma un esquema clerical represivo que ha permeado incluso hasta ahora en la concepción de sexualidad, relacionada con culpa, temor, pecado y un infierno merecido, vinculada a la reproducción.

Con el surgimiento del existencialismo y su redefinición del pecado, del psicoanálisis y la descripción del sexo como componente inevitable del psiquismo; con el estudio riguroso y metódico de la sexualidad como parte del comportamiento animal del ser humano por parte de Kinsey; con el avance de la farmacología en la creación de los métodos anticonceptivos, trayendo esto una concepción más que reproductiva del acto sexual; este modelo comenzó a tambalear, y surgió una propuesta -como es de esperarse del ser humano- reaccionaria, tal vez vigente hasta ahora. Esta consiste en el choque dialéctico, planteado por el mismo Antonio Marina de sexo vs sexualidad (sustrato vs superestrato, significante vs significado) (15,17). La propuesta reaccionaria pasó de esconder la naturaleza del hombre a ocultar la moral y la inteligencia que le aporta la sexualidad al sexo, cayendo con esto en un determinismo del estímulo y del instinto. El sexo fue aceptado como necesidad, y esta necesidad, dentro de una cultura consumista, fue transformada en un producto; decía Bauman: “Donde hay una necesidad el capitalismo ha producido dos” (22). Necesidad de saciar un apetito liberado y necesidad de no estar solo, apar-

te. Al convertirse en un producto para adquirir, se convierte de forma inmediata en un indicio de poder. Es así como, Michael Foucault, gran representante de esta revolución sexual, asume la sexualidad como dispositivo de poder, y al sexo como significativo único y universal, emprendiendo una lucha contra cualquier tipo de cultura que contenga la sexualidad; menciona: "... Supresión de tabués, de limitaciones y de separaciones sexuales; práctica de la existencia comunitaria; desinhibición respecto a la droga; ruptura de todas las prohibiciones y de todas las cadenas mediante las que se reconstruyen y se reconducen las experiencias que nuestra civilización ha rechazado o no ha admitido más que como elemento literario" (23). Habría de liberar con esto una sexualidad natural, una sexualidad original reprimida, pero tal vez al romper las cadenas que la ligaban a la moral, de paso rompió los lazos que la unían a la humanidad. En este punto de vista, como menciona el filósofo Manuel Cruz, por más bienintencionado que pueda ser (en el sentido de que aspire a terminar con un régimen represivo), da por supuesto lo todavía pendiente de demostrar y, en esa medida, deja sin pensar aquello que realmente importa... (24), refiriéndose al sexo como origen de las relaciones humanas, como materia de estudio de la ética, que es, a su vez, la única forma de poder tener prácticas sexuales justas, dignas y dignificantes, ya que, como escribe Peter Singer, la ética está para resolver conflictos por deseos que no pueden satisfacerse al mismo tiempo (25).

Las revoluciones producen beneficiarios y vencidos. Los vencidos: el cristianismo,

que lejos de Cristo ha sido la enfermedad más grave de la humanidad (26). Pero, aparte de continuar venciendo al clero, ¿otros beneficios? No muchos. El sexo pasó de la represión y de ser causa de vergüenza, a ser fuente de poder para cumplir el deseo de ser aceptados y el sentimiento de la propia eficacia, y con esto el resultado fue establecer nuevas morales sexuales para obtener intereses particulares... sin importar el costo. El sexo para cumplir una necesidad, más social que natural; y no para la potenciación del self, despreciando la capacidad que tiene para construir relaciones humanas con aquella simpatía innata que mencionamos. Ya el producto obligado del sexo no es el hijo, es el orgasmo. La limitante del sexo no es la moral cristiana, es la moral de consumo. Cantidad a cambio de calidad. Simon Bauman lo describe: "Ahora el amor libre lleva la misma máscara que antes llevaba el amor marital". Ahora hay compañeros en la esencial tarea de consumir, compañeros de alegrías consumistas; otros sólo alcanzan a ser simples objetos desechables de consumo... o de daño (quien se interpone entre nuestros deseos y lo que ha de saciarlo). Agrega el mismo autor: "La solidaridad humana es la primera baja de la que puede vanagloriarse el mercado de consumo" (22). Como causa o producto de esto, cada vez sabemos menos de qué estamos hechos. No contamos con el espacio ni entendemos la importancia de la reflexión, y con esta de la identificación de los propios estados, de los sufrimientos, de las frustraciones; y si no tenemos claro qué es lo que compone un alma humana, poco se puede entender lo que ocurra en la existencia

del otro, quien pasa de ser mi aliado en el dolor o en la alegría, a ser una amenaza o un objeto placentero. En esto nos caracteriza el amor líquido (también el nombre de su texto más conocido) que hace referencia a la extrema fragilidad en los vínculos entre los seres humanos; lo que Antonio Marina denomina sexualidad desvinculada. Ambos parecen pedir la resurrección de Proudhon o Bakunin, quienes plantearon que una vez derrocado el estado había que regresar o recurrir a los valores (20). Se reconoce el esfuerzo de esta revolución, contradecir al monstruo de la religión tiene un precio alto, sin embargo, la victoria del sexo ha sido pírrica, pues nos dio libertad y ciencia, pero está causando dolor. Porque comprar amor es muy costoso, y compramos sexo para apagar el incendio de la fisiología, sin solucionar el llamado ontológico que nos diferencia en la escala evolutiva: la intención de existir. Nos sentimos aún abandonados, no ha disminuido la angustia; no tenemos ya la falsa certeza de un dios... pero tampoco tenemos alguna certeza, pues al parecer, de paso, matamos también el amor. Seguimos reprimidos, pero esta vez por nosotros mismos: no supimos, por lo menos en materia del amor, qué hacer con la libertad.

### ***Estemos solos juntos***

Hasta acá hemos hablado de represión, revolución y libertad; y anotamos cómo se ha confundido la individualidad con la individuación, tomando esta última como único requisito para la anhelada libertad, pues ahora ser libre significa necesitar nada de nadie; oponiendo los conceptos de autonomía y sociedad,

autoafirmación y compañía. Sin embargo, más allá de un oxímoron, el amor debe ser conformado por dos soledades, es decir, por dos individuos que hayan pasado por la reflexión y el autoconocimiento. Es ahí donde se diferencia la soledad, que caracteriza al humano en su condición de individuo, del nihilismo pasivo. Rousseau decía que ser adulto es estar solo, y vista desde esta perspectiva, se podría definir el abandono que mal llaman la soledad, como la vivencia de que no importamos a aquellos que nos importan (24). En este punto es fundamental encarar el amor desde el aprendizaje de la soledad, desde el esforzado trabajo interior de no confundir soledad con abandono, de aceptar que la compañía de los demás se dice de muchas maneras. En la búsqueda del amor, cabe citar a Dostoievski, quien comparaba la búsqueda del amor como a las de las mariposas: si se persiguen huyen, pero si esperas es posible que se posen sobre ti. Ese esperar es prepararse para el amor, es construir un Yo amante, dispuesto al compromiso frente a la angustia existencial compartiendo sus mejores dones, y esto sólo lo logra la tranquilidad en medio de una soledad elegida, donde, en palabras de Fromm, tengo una sensación de mí mismo como centro de mis poderes, como creador de mi mundo (10). Sólo creyendo en la propia existencia, sólo identificando una meta concordante con la humanidad, se puede aspirar a encontrar apoyo para la vida en otro ser humano y se puede, al mismo tiempo, ser fuente de apoyo. Escribió Derrida: "Somos, en primer lugar, amigos de la soledad, y os llamamos para compartir lo que no se comparte: la soledad" (27).

La intimidad se fortalece y se preserva mientras se comparte.

Alguien dispuesto a amarnos bien, sólo quiere recibir de nosotros integridad, pues el amor sólo se hace posible cuando cada uno se experimenta desde el centro de su existencia. Dice el mismo Dostoiévski: “Si dudase de una mujer amada, del orden universal, y estuviese persuadido, por el contrario, de que todo no es sino un caos infernal y maldito, aun entonces, a pesar de todo, querría vivir” (28). El amor nos exige amar la propia vida, lo que implica no temer a la soledad y no tener restricciones de entregarse, pues quien se ama a sí mismo, tiene en su corazón la fuente infinita de amor al mundo, es decir, necesidad de dar y agradecer. Nadie puede dar lo que no tiene.

Sin embargo, esa soledad, esa individualidad, la autoexpansión y la celebración de sí mismo, no puede confundirse con el narcisismo, forma más degradada de amor propio y explicación plausible de la incapacidad de amar; muerte en el propio reflejo. Para el narciso sólo es real lo que le sucede a él, lo que sucede en el terreno baldío de su mundo interior; el mundo exterior, el otro, sólo existe como utilidad o peligro, es aquel que se interpone entre el deseo y el consumo, como se había dicho. Cuando algo lo satisface, en lugar de sentir gratitud, siente que ha creado por sí mismo el objeto de satisfacción. Esta falta de gratitud es explicable, pues desde su pobre Yo no es capaz de dar cosas buenas, o sea, es incapaz de amar (29). En lugar de esto busca consumir todo lo que más pueda; en términos kleinianos, es voraz, tiene un deseo

impetuoso e insaciable que excede lo que necesita y lo que el objeto puede dar (30). No sabe lo que necesita, pues no sabe identificar las necesidades, pero eso no quiere decir que no las tenga, por el contrario, son más grandes porque nunca las ha saciado y, peor, ignora cómo hacerlo... Para no sentir las se engaña con una mágica omnipotencia, con la negación de la necesidad de dependencia, del compromiso: tiene una vida sin existencia. Su esquema interpersonal diría algo como “no necesito esforzarme por lo bueno que tiene el otro, pues lo merezco”. Erich Fromm, acerca del narcisismo, menciona: “... puesto que el amor depende de la ausencia relativa del narcisismo, requiere el desarrollo de humildad, objetividad y razón (...). La humildad y la objetividad son indivisibles, tal como lo es el amor (10)”. Así le veamos una bella coraza, nadie con tanto riesgo de sufrir como el narciso (29).

En este sentido, sólo hay una forma de entregar la soledad, y es el amor, que necesariamente debe ser mejor que la misma soledad. Este amor nos sirve en la medida que le servimos: nos sirve para hacerle frente de una mejor manera a la angustia de ser, para usar la libertad que otros han ganado para nosotros, para expresarnos a través de una psique equilibrada y coherente en todos sus componentes; y le servimos para congregarnos a la humanidad en torno a su meta, fin supremo del amor.

Tenemos entonces que el primer paso después de la soledad es el reconocimiento del otro. Sólo quien reconoce al otro como un determinado tipo de

persona, con su plena autonomía, y no como un mero ser-para-mí, puede experimentarse a sí mismo en su plena especificidad, de manera consecuente y veraz. Porque un otro vaciado de contenido, o simplemente con su diferencia debilitada, es, al mismo tiempo, alguien a quien le estoy negando su capacidad para reconocerse como el tipo de persona que creo y quiero ser (24). Debe ser recíproco. Spinoza decía que el amor es una alegría acompañada por la idea de una causa exterior (31). Acá se mezcla un poco la felicidad que tanto se tiene en cuenta como búsqueda constante en la vida, y cómo esta aspira a ser independiente..., aunque con otro que en apariencia hace parte de lo exterior. Lo que debemos resolver es cómo reconocer al otro como ser autónomo, con sus irreductibles diferencias, y, más complejo aún, cómo sacar sano provecho de fines que no son los míos y que no están en sintonía con lo que yo me he planeado como felicidad. Desde voces rebeldes y libertarias, surge la pregunta: ¿el amor va en contra de la libertad?

El amor por definición es no morir. Ortega, como muestra de la influencia de Nietzsche, decía que amar una cosa es estar empeñado en que exista; no admitir, en lo que depende de uno, la posibilidad de un universo donde aquel objeto esté ausente (32); es vivificar al otro, crearlo, darle más vida a su vida. Hay que agregar que al ser humano lo embarga un impulso por vivir, por conservarse en el mundo, y el amor, según lo dicho, sería un buen método. Nietzsche escribió:

Un hombre que no tiene un confidente del secreto de su meta en la vida: un

hombre así pierde algo indescriptiblemente grande al perder la esperanza de haber encontrado un ser semejante, que arrastra consigo una tragedia semejante y que espera ansiosamente una solución semejante (33).

El que ama se preocupa por que lo que ama esté más presente de lo que está de por sí, eso lo hace recordando el ser amado, imaginándolo, buscándolo, eligiéndolo. Y aquí está la manifestación máxima de la libertad, en elegir al ser amado, no como ser-para-mí, sino como ser para mi camino. En otras palabras, damos existencia a cambio de que nos ayuden a buscar un solo camino para dos libertades, sin apocar, sin cambiar de sueños. El amor (o el odio): magia en que yo decido creer. En este sentido, me convierto, al ser amado, en una existencia querida por la libertad de otro, del cual también quiero su libertad. Acá es donde aparece la dependencia, pues es apenas lógico que uno quiera estar al lado de alguien que aumente su voluntad y su existencia, sus funciones y sus capacidades. En el momento en que el otro a quien amamos nos pretende como objeto de libertad, aparece la dependencia, pues dejarnos amar de ese otro es entregar esa libertad para que sea su objeto de amor. Sin embargo, no es tan sombrío el panorama. La gran ventaja que tenemos es que esa falta de libertad, que cambiamos por aumentar nuestra existencia, la podemos reclamar cuando queramos, cuando no podamos trabajar en el amor, cuando dañe, cuando en lugar de dar más voluntad nos quite existencia... (10) Es decir, dependemos del ser amado, pero nosotros somos los

que decidimos directa o indirectamente cuándo depender y cuándo dejar de hacerlo. Esto nos devolvería la libertad, que en últimas nunca se fue de nuestras manos. Aunque, claro está, no se puede confundir lo anterior con el amor líquido ya descrito, y volverlo una salida fácil a la frustración fácilmente causada, a la falta de compromiso.

### *Amor y compromiso*

Nos hemos referido, desde la etología hasta la psicología, a la necesidad que tiene el ser humano de asociarse, de acompañarse; se ha comprobado desde estudios de la conducta y se ha argumentado con lucidez filosófica. Por estos experimentos se ha descubierto que en el comportamiento social de los animales hay dos fuerzas fundamentales distintas que ligan a dos individuos entre sí: el instinto de relación sexual y el instinto de relación social basado en un sentimiento de simpatía personal. Conocernos nos invita a ser libres, sin embargo, aunque pareciera tangible, no gozamos de esta libertad. Según Ulrich Beck: "... no hay dios, ni cura, ni clase, ni vecino, entonces queda por lo menos el Tú. Y la magnitud del tú es el vacío invertido que reina en todo lo demás" (34). Se tiende a carecer de intimidad, única forma de identificar, conseguir y conservar el amor. Víctor Frankl menciona: "El sufrimiento por una vida sin sentido se ha convertido en el primordial problema psíquico del presente: hoy en día ya no estamos confrontados, como en los tiempos de Freud, con una frustración sexual, sino con una existen-

cial" (34). O no gozamos de la libertad, o no la tenemos aún... La rechazamos después de los brillantes argumentos. Asumimos que gran responsabilidad de esta limitante la tiene la sociedad consumista con la nueva moral sexual de la cantidad y el resultado; el cambio del individuo por su función. Harville Hendrix escribe: "Lo único que parece preocuparnos es si determinada persona es alguien 1. A quien apoyar, 2. Que nos apoya, 3. Con quien se tienen relaciones sexuales, 4. De quien se debe escapar, 5. A quien hay que someterse, 6. A quien atacar. Sutilezas tales como este es mi vecino, mi primo, mi madre, mi esposa o mi hijo, pasan inadvertidas." Sobre esto también anota Fromm con gran lucidez:

Si el hombre quiere ser capaz de amar, debe colocarse en su lugar supremo. La máquina económica debe servirlo, en lugar de ser él quien esté a su servicio. Debe capacitarse para compartir la experiencia, el trabajo, en vez de compartir, en el mejor de los casos, sus beneficios. La sociedad debe organizarse de tal forma que la naturaleza social y amorosa del hombre no esté separada de su existencia social, sino que se une a ella. Si es verdad que el amor es la única respuesta satisfactoria al problema de la existencia humana, entonces toda sociedad que excluya, relativamente, el desarrollo del amor, a la larga parece a causa de su propia contradicción con las necesidades básicas de la naturaleza del hombre (10).

En conclusión, creer en el amor como una manifestación de un ser social y no

sólo excepcional, es creer en la naturaleza misma del hombre. Este amor, contrario a lo que aún se piensa, más allá de un cuento de hadas, más allá de un instinto humano, es parte del compromiso existencial ante el vacío; es una labor, una función del ser humano que va mucho más allá del enamoramiento. Lejos está el amor comprendido como aquello que me hace feliz, pues ser feliz no es tenerlo todo, ni siquiera pretenderlo; ser feliz es saber lo que uno quiere, conocer sus deseos y aprender a desear, saber desear; tener conciencia de lo que nos falta, de aquello de lo que carecemos, pero no utilizando esa conciencia como motivo de frustración sino como estímulo para actuar, para reaccionar, para luchar o perseguir; para elegir, como muestra de la libertad, con quién deseamos establecer vínculos, con quién aliarnos ante la angustia de existir, con quién usar la libertad y la voluntad de poder... a quién amar.

El enamorado, el de este tipo de amor, representa, como pocas veces en la humanidad, la máxima kantiana de tomar al otro como un fin en sí mismo. En palabras de Jaspers: "Lo que amo, quiero que sea. Y lo que verdaderamente es, no puedo divisarlo sin amarlo" (37). Lo que implica tolerar la ambivalencia: los sentimientos positivos que me reafirman, los negativos que me contradicen, y viceversa; tolerar la ausencia: la persistencia, aun en la distancia, del objeto de mi amor con sus características, que por amarlo también son ahora más (introyección).

Escribió Dulce María Loynaz:

"Si me quieres, quíereme entera,  
no por zonas de luz y sombra...  
Si me quieres, quíereme negra  
y blanca. Y gris, y verde y rubia,  
y morena...  
Quíereme día,  
quíereme noche...  
¡Y madrugada en la ventana abierta!...  
Si me quieres, no me recortes:  
¡Quíereme toda... O no me quieras!"  
(38).

Si se quiere el fin hay que querer los medios, sentenció Nietzsche, y los fines en el amor siempre serán los medios... Es por esto que necesitamos una contrarrevolución del amor con las mismas herramientas con que lucharon contra la moral clerical, aunque esta vez el esfuerzo será doble, pues tendremos que luchar contra la negación de cualquier tipo de amor, y contra un pseudoamor mágico y casi religioso, que como aparece de la nada puede desaparecer, dejando hijos vulnerables y seres abandonados y sin soledad. Requerimos el existencialismo, la filosofía del compromiso, de las actitudes y el desarrollo de capacidades, pero esta vez aplicada al amor, mayor reflejo de nuestro bienestar psíquico.

Para finalizar, se proponen algunas recomendaciones precisas de Wilhelm Reich:

La aptitud para una unión sexual estable requiere, pues:

1. Una plena potencia orgástica, sin disociación entre la sexualidad tierna y la sensualidad.

2. La superación de la fijación incestuosa y de la angustia sexual infantil (del narcisismo).
3. La ausencia de represión de todos los impulsos no sublimados, ya sean homosexuales o no genitales.
4. El reconocimiento incondicional de la sexualidad y de la alegría de vivir.
5. La superación de los elementos esenciales del moralismo sexual, la aptitud para la camaradería espiritual (geistig) con la pareja (39).
8. Onfray M. Política del Rebelde: tratado de resistencia y sumisión. 2ª Edición. España. Editorial Anagrama.2011.
9. Lautreamont I. Los cantos de maldolor. 1ª Edición. España. Editorial Belacqua.2007.
10. Fromm E. El arte de amar. 11ª Edición. España. Editorial Paidós. 1990.
11. Kierkegaard S. Mi punto de vista. 1ª Edición. España. Editorial Aguilar. 1987.
12. Dröscher V. La vida amorosa de los animales. 1ª Edición. España. Editorial Planeta. 1984.

## Referencias

1. Nietzsche F. Humano demasiado humano. 2ª Edición. Colombia. Editorial Bedout. 1975.
2. Camus A. El hombre rebelde. 1ª Edición. México. Grupo editorial Tomo. 2014.
3. Arend H. Existencialismo y compromiso. 1ª Edición. España. Editorial RBA libros. 2012.
4. Nietzsche F. La Gaya ciencia. 3ª Edición. España. Editorial el barquero. 2003
5. Breton A. Los vasos comunicantes. 1ª Edición. España. Editorial Siruela. 2005.
6. Jaspers K. Introducción a la filosofía. 2ª Edición. México. Editorial fondo de cultura económica. 2000.
7. Sartre JP. El ser y la nada. 1ª Edición. España. Editorial Alianza. 1989.
13. Georgiev A, Klimczuk A, Traficonte D, Maestriperi D. When violence pays: a cost-benefit analysis of aggressive behavior in animals and humans. *Evol Psychol.* 2014. 11(3): 678–699.
14. Pessoa F. Antología poética. El poeta es un fingidor. 12ª Edición. España. Editorial Austral Poesía.
15. Marina JA. El rompecabezas de la sexualidad. 1ª Edición. España. Editorial Anagrama. 2002.
16. De Waal F. El bien natural. 1ª Edición. España. Editorial Herder. 1997.
17. Arcila A. Comportamiento sexual: entre la biología, la moral y el derecho. 1ª Edición. Colombia. Editorial Universidad de Caldas. 2014.
18. Rodrigo C, Rajapakse S, Jayananda G. The antisocial person: an insight in to

- biology classification and current evidence on treatment. *Annals of General Psychiatry*. 2010;9:31.
19. Bruckner P, Finkielkraut A. El nuevo desorden amoroso. 1ª Edición. España. Editorial Anagrama. 1979.
  20. Onfray M. Antimanual de filosofía. 2ª Edición. España. Editorial Edaf. 2013.
  21. Lyotard J. La confesión de San Agustín. 1ª Edición. España. Losada. 2002
  22. Bauman Z. Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. 1ª Edición. México. Fondo nacional de cultura económica. 2005.
  23. Foucault M. Las palabras y las cosas. 2ª Edición. México. Editorial fondo nacional de cultura económica. 1968.
  24. Cruz M. Amo, luego existo. 1ª Edición. España. Editorial Espasa. 2010.
  25. Singer P. The moral of the story. 1ª edición. Inglaterra. Editorial Blackwell. 2005.
  26. Nietzsche F. El anticristo. 1ª Edición. Colombia. Editorial Círculo de lectores. 1987.
  27. Derrida J. Políticas de la amistad. 1ª Edición. España. Editorial Trotta. 1994.
  28. Dostoievski F. Crimen y castigo. 3ª Edición. España. Editorial Círculo de lectores. 2000.
  29. Kernberg OF. Trastornos graves de la personalidad. 1ª Edición. España. Editorial manual moderno. 1992.
  30. Melany Klein. Envidia y gratitud. 1ª Edición. España. Editorial Paidós. 1988.
  31. Spinoza B. Ética. Edición de Vidal Peña. España. Editorial nacional. 1975.
  32. Ortega Y Gasset J. Estudios sobre el amor, obras completas. 7ª Edición. España. Editorial revista de occidente. 1996
  33. Nietzsche F. Ecce homo. 1ª Edición. Argentina. Editorial Losada. 2004.
  34. Beck U. El normal caos del amor. 1ª Edición. España. Editorial Paidós. 1998
  35. Frankl V. Ante el vacío existencial. 6ª Edición. España. Editorial Herder. 1990.
  36. Hendrix H. Amigos y amantes. 1ª edición. Estados Unidos. Editorial Harper and Row. 1998
  37. Jaspers K. Filosofía de la existencia. 1ª Edición. España. Editorial Planeta de Agostini. 1984.
  38. Loynaz DM. Poesía completa. 1ª Edición. Cuba. Editorial Letras Cubanas. 1993.
  39. Reich W. Materialismo dialéctico y psicoanálisis. 1ª Edición. México. Editorial Siglo XXI editores. 1974.